

Soberano Pontífice. Quería entregarles todo, quería hasta entregarles el gobierno; no pedía más que una cosa, y era que no envileciesen la majestad de la monarquía alemana ante el Papa (1). Suplicó en vano. Habiéndole hecho traición los grandes, excomulgado por la Iglesia, trató de desarmar á sus súbditos quitándoles el pretexto de la religión (2). La escena de Canossa es como el símbolo de las pretensiones del Pontificado. Un emperador, con el sayal del penitente, esperando tres días, expuesto á los rigores del invierno, á que el vicario de Dios se digne volverle á la comunión de los fieles, hé aquí la expresion de las relaciones que los sucesores de San Pedro querían establecer entre el poder espiritual y el poder temporal. Sin embargo, el triunfo de Gregorio no es más que aparente. ¿Por qué aceptan los príncipes alemanes con tanta facilidad la deposición de su rey? ¿Es acaso por respetar al Papa? Pudiera más bien creerse que el Pontificado sirve de instrumento á las pasiones de los príncipes. Por mejor decir, los enemigos de Enrique tuvieron la fortuna de encontrar un auxiliar en la Santa Sede; se aprovecharon de la guerra del sacerdocio y del imperio para llevar á cabo la ruina de un rey que les era odioso desde su nacimiento. Profesaban al hijo de Enrique III el odio que había suscitado su padre al querer reducir á los grandes vasallos á su misión de funcionarios: el hijo, decían, no podía dejar de seguir las huellas de sus antepasados; era preciso aprovecharse de su menor edad para separarlo del trono (3). Tal fué el principio

(1) LAMBERTI *Annal.*, ad a. 1076 (PERTZ, v, 253): *Postremo ultro se jure suo cedere eis que gubernandi pro suo arbitratu totius regni jus potestatemque facere, dummodo paterentur, sola regii nominis regique cultus rata sibi manere insignnia, quæ semel legitime accepta, sine summa omnium eorum ignominia amittere non posset, nec sinerent regni Teutonici splendorem, omnibus retro seculis intactum incontaminatumque, sua ætate tam turpis exempli macula sordescere.*

(2) «Atravesó los Alpes, no porque quisiese humillarse como penitente convencido de sus errores y de los derechos del Papa, sino para quitar á sus enemigos el pretexto de la excomunion» (RANKE, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation*, t. I, p. 31).

(3) LAMBERTI *Annal.*, ad a. 1057 (PERTZ, v, 158): *Principes Saxonie crebris conventiculis agitabant de injuriis quibus sub imperatore affecti fuerant, arbi-trabanturque pulchre sibi de his satisfactum fore, si filio ejus, dum adhuc ætas oportuna injuriæ esset, regnum eriperent; nec procul ab fide aberat, filium in mores vitamque patris, pedibus, ut aiunt, iturum esse.*

de las guerras que ensangrentaron la Alemania: los intereses de la religión eran completamente ajenos á él. La deposición de Enrique era la idea fija de los príncipes, antes de que Gregorio hubiese subido al trono de San Pedro (1). Pero el rey hacía frente á todos sus enemigos. ¿Cuál fué su alegría cuando tuvo la temeraria imprudencia de provocar al Papa? Los príncipes alemanes se dijeron que era preciso coger con las dos manos la feliz ocasión que se les ofrecía: «Enrique está separado del cuerpo de la Iglesia por el anatema del Soberano Pontífice; nosotros estamos desligados, por la autoridad de la Santa Sede, de los juramentos que le hemos prestado; sería una locura inaudita no ejecutar ahora lo que hemos premeditado por tanto tiempo. Dios mismo nos favorece» (2).

Enrique va á luchar por su corona hasta su muerte. Sus enemigos de Alemania están coaligados con el Papa, pero es una coalición de intereses contrarios. Los príncipes están empeñados en la ruina de su rey. El objeto de Gregorio no es aniquilar al poder temporal, sino dominarlo. Desde su elevación escribe á Enrique que no desea más que una cosa: la armonía del Pontificado y del Imperio (3). Con la reconciliación de Canossa y la sumisión del Rey el objeto de Gregorio se había cumplido. Siente que Enrique no haya sido fiel á sus promesas; se hubieran evitado todas las desgracias que desolaban la Alemania y la Italia (4). Tal es la causa de la larga irresolución de Gregorio entre Enrique y Rodolfo, el rey de los príncipes sublevados. Los Sajones no comprendían tanta timidez después de tanta audacia; se quejan amar-

(1) LAMBERTI *Annal.*, ad a. 1073: *Eum sine magna Christianæ religionis jac-tura non posse ulterius regnare* (PERTZ, v, 201).

(2) LAMBERTI *Annal.*, ad a. 1076 (PERTZ, v, 253). En la Dieta de Oppenheim decían los príncipes alemanes: *Nunc vero, cum ab Ecclesiæ corpore propter flagitia sua apostolici anathematis mucrone præcisus sit, cum fidem nostram multis apud eum sacramentis implicitam Romanus pontifex apostolica auctoritate explicuerit, extremæ profecto dementiae esset, divinitus oblatam salutis occasionem, non obviis, ut dici solet, manibus excipere, et quod jam diu præmeditatum sit ut agatur, tam oportuno tempore non agere, cum leges humanæ et ecclesiasticæ sinant.*

(3) GREGOR., *Epist.* I, 19 (MANSI, xx, 76): *Ut Sacerdotium et Imperium in unitate concordia conjungantur.*

(4) *IBID.*, *Epist.* IX, 28 (MANSI, xx, 361).

gamente de que el Papa no se apresure á reconocer el rey elegido por los príncipes, de que dirija legados á Enrique, como si éste fuese todavía rey. Este modo de obrar les parecia tan singular (1), que llegan hasta á sospechar de su aliado: «Saben, segun dicen, que no mueven al Santo Padre más que intenciones laudables y miras sutiles; pero ellos son demasiado groseros para penetrarlas. Lo que ven es que, contemporizando con ambos partidos, prolonga la guerra civil y sus horrores.» A medida que se prolongan las vacilaciones del Papa, las quejas de los Sajones son más vivas: «¿Qué se ha hecho aquella famosa audacia, siempre pronta á reprimir la menor desobediencia? (2). Si por casualidad nosotros, pobres ovejas, hubiéramos faltado, los rayos de la Santa Sede nos hubieran herido sin demora. Ahora que se trata de lobos que desgarran voraces el rebaño del Señor se emplea paciencia y longanimidad, se sufre todo con un espíritu de dulzura. ¿Os habrá intimidado ese hombre corrompido y pecador, ó habréis cedido á los melosos discursos de sus partidarios? Os conjuramos á que volvais sobre vos mismo, á que penseis en vuestro honor, á que recordeis el temor de Dios. Ya que no sea por amor hácia nosotros, al ménos descargaos de la responsabilidad de tanta sangre vertida por vuestra causa.»

Los Sajones acabaron por triunfar. No dirémos que Gregorio cedió á las exigencias de sus aliados; no era hombre que transigiese con su conciencia; la muerte le parecia mil veces preferible (3). Si Gregorio se decidió por Rodolfo, fué porque Enrique no consintió jamas en abdicar los derechos del Imperio á los piés del Papa. Una vez llevado el debate á los campos de batalla se condujo como héroe. Sesenta y cinco combates, las derrotas y las calumnias no abatieron su valor; lo que destrozó su corazón fué la sublevacion de su hijo. La guerra no debia acabar con En-

(1) «*Mirabile est in nostris oculis*» (BRUNON. *de bello Saxonico*, c. 108. PERTZ, v, 371).

(2) «*Igitur illa vestra famosa strenuitas, que juxta apostolum semper in promptu habuit ulcisci omnem inobedientiam, quare istam non ulciscitur?*» (BRUNON. *ib.*, c. 115).

(3) GREGOR. *Ep.* I, 9: *Tutius nobis est defendendo veritatem... ad usque sanguinem nostrum resistere, quam iniquitatem consentiendo... ad interitum ruere.*

rique IV; murió excomulgado, pero encontró en la nobleza alemana un hombre cuya raza continuará la lucha gloriosa del poder civil contra la teocracia. En una dieta celebrada en Ratisbona, dirigiéndose el Rey á un noble poco conocido hasta entónces, le dijo: «Señor Conde, yo os he hallado siempre el más fiel en la paz y el más valiente en la guerra. Veis qué tinieblas oscurecen el Imperio romano. La buena fe, la fidelidad, han abandonado la tierra; no hay ya ni respeto hácia los mayores ni sumision á los señores; los juramentos hechos á los príncipes se olvidan, los compromisos contraídos por instigacion del demonio contra el Rey son respetados. Se violan las leyes divinas y humanas. Porque todo poder viene de Dios; resistir al Rey es resistir á la voluntad de Dios. Ármate contra ese azote, combate á los enemigos del Estado. Yo no he olvidado los servicios que me has prestado, no seré ingrato por los que todavía me prestes. Toma por esposa mi única hija. Sé Duque de Suabia» (1). El Conde á quien Enrique elevaba así á la familia imperial era el antecesor de los *Hohenstaufen*.

### § III.—Apreciacion de la lucha.

La lucha de Enrique IV contra los Sajones era una lucha política; la excomunion convirtió la guerra civil en guerra religiosa. Por la primera vez aparecieron las pasiones religiosas en los campos de batalla, y han espantado á la posteridad. Se ha pretendido que la Iglesia no tenía parte en estos excesos. El testimonio de los contemporáneos responderá á esta falsificacion de la historia. La excomunion, no solamente alcanzaba á los culpables, sino á todos aquellos que estaban en relacion con ellos; de ahí resultó que una mitad de Alemania se vió separada del cuerpo de la Iglesia (2). Es preciso recordar lo que era la excomunion para tener una idea de los odios que encendió. «Los excomulgados, decian los católicos,

(1) OTTONIS FRISINGENSIS, *de gestis Friderici*, I, 8.

(2) BERNOLDI *Chronic.*, ad a. 1089 (PERTZ, v, 449): «*Malum excommunicatio- nis in tantum propagatum est eo tempore, ut catholici via se ab ejus contagio possent illæsos custodire.*»

pecan contra el Espíritu-Santo, y este pecado, no lo perdona Dios ni en este mundo ni en el otro» (1). Las consecuencias que sacó el espíritu de partido de esta horrible doctrina son espantosas; un Papa declaró (2) que no consideraba como homicidas á los que por celo hacía su madre la Iglesia daban muerte á los excomulgados. La muerte misma no extinguía la venganza: un concilio mandó desenterrar los cadáveres de los obispos simoniacos (3). El odio engendra el odio. Los amigos del Emperador persiguieron á los partidarios del Papa como á los destructores del orden social, como á perjuros indignos de vivir (4). Las hostilidades tomaron un carácter salvaje. Los realistas, tratados como herejes, perdieron todo respeto hacía las cosas sagradas; insultaban á los clérigos, principalmente á los monjes (5), y del desprecio de los ministros pasaron al desprecio de la religion. En un siglo de fe se vieron cosas que no se han visto en tiempos de irreligion: las iglesias robadas é incendiadas; los sacerdotes revestidos con sus trajes sacerdotales, pisoteados; los altares de los santos manchados (6); los templos convertidos en establos y en casas de prostitucion. Las guerras, por sangrientas que sean, no traen consigo más que males pasajeros; pero cuando la religion lleva á los hombres al combate, penetra la division en todas las clases de la sociedad, y desgarras las ciudades y las familias. Los analistas pintan con los más sombríos colores la disolucion universal, consecuencia de la lucha del Sacerdocio y del Imperio (7): «No hay confianza ni en los parientes ni en

(1) Dicho del sacerdote MANEGOLD, citado por GIESELER, *Kirchengeschichte*, II, § 47, nota ii.

(2) URBANI II *ad Godofred. Episc. Lucanum*, in GRATIANI *Decret.* c. 47, G. XXIII, Qu. 5: *Non enim eos homicidas arbitramur, quos adversus excommunicatos zelo catholice matris ardentes, aliquos eorum trucidare contigerit.*

(3) *Annal. Hildesheim.*, ad a. 1105 (PERTZ, III, 108).

(4) HUGONIS FLAVINIACENSIS *Chronic.*, lib. II, ad a. 1084 (PERTZ, VIII, 462): *Jam vero si quis esset qui Gregorio communicaret, hic publice conviciis appetebatur, hic hereticus, destructor regni, qui nec vita dignus esset....*

(5) *Histor. Trevirens.* en D'ACHERY, II, 216: *Hinc inde permaxima invidia succreverunt, et eo usque dissensionis hujus et inimicitiarum in invicem fomes invaluit, ut si cui Cesarianorum occurrisset quisquam Ecclesiasticorum qui forsitan pro amore patrie caelestis saeculum reliquisset, quasi regii honoris proditores contumeliis afficiebant insultanter eos Ecclesiasticos appellantes.*

(6) «*Super eos, quod á paganis inauditum est, cacaverant.*»

(7) BERTHOLDI *Annal.*, ad a. 1078 (PERTZ, V, 313).

los amigos; no hay sumision, ni temor ni amor de Dios; no hay fidelidad ni justicia; desde el más pequeño hasta el más grande no hay más que desprecio hacía las cosas divinas y humanas, no hay más que mentira, fraude, avaricia y crimen» (1).

La primera lucha del Sacerdocio y del Imperio presenta un espectáculo todavía más desconsolador: los lazos más sagrados de la naturaleza rotos en nombre de la fe y por los órganos de la fe. Enrique combatía como un leon; los papas, para vencer al Emperador, destrozaron el corazon del padre, excitaron á sus dos hijos á la insurreccion (2). La insurreccion de un hijo contra su padre les parecia una *inspiracion de Dios* (3). Creemos en la sinceridad de estas palabras; no condenamos á los hombres, pero maldecimos una doctrina que pervierte la inteligencia y el corazon hasta el punto de que el vicario de Jesucristo apruebe, santifique el crimen más odioso, el parricidio moral. No se diga que el Papa obraba bajo la influencia de las pasiones del momento. No, era el órgano de la doctrina católica. Los historiadores de la Iglesia celebran todavía hoy como una accion sublime la conducta de un hijo que huella los sentimientos de la naturaleza por la gloria de Dios (4). En vano invocan el nombre de Dios. La conciencia

(1) *Annal. Augustani*, ad a. 1092 (PERTZ, III, 134): *Nulla timoris domini respectio; gratuito quisque reprobis erat, alius alium per rapinam, per invidiam occidit; omnia commixta sunt, sanguis, homicidium, furtum et fictio, corruptio, infidelitas, turbatio, perjurium... animarum inquinatio... mechia et impudicitia... C. BERTHOLDI *Annal.*, ad a. 1077 (PERTZ, V, 294).*

(2) HERMAN, abad de Tournay, dice positivamente que el papa Urbano provocó la insurreccion de Enrique V: *Interea callidus papa Henricum adolescentem filium Henrici imperatoris literis adversus patrem concitat, et ut Ecclesie Dei auxilietur, admonet; ille, regni cupidus, etc.* (D'ACHERY, *Spicileg.* T. II, página 914).—GERHON, partidario del Pontificado, dice que el hijo de Enrique IV fué coronado «Urbani Papæ hortatu accedente.» (*De Statu Ecclesie*, c. 18, en GBETSEB, t. VI, p. 255).

(3) *Annal. Hildesheim.*, ad a. 1104: *Apostolicus autem ut audivit inter patrem et filium discidium, sperans hæc á Deo evenisse, etc.*

(4) El cardenal BARONIO da á conocer las cartas que Enrique IV, vendido, preso y encadenado por su hijo, escribió al rey de Francia. Ve en la crueldad del hijo la señal de la mayor piedad: «*Quis negare poterit, summum fuisse hoc pietatis genus, in hoc se exhibuisse crudelem!*...» (*Annal. ad a. 1106*, núm. 14). Preferimos decir con el abate HERMAN de Tournay, que el que lee la carta de Enrique IV al rey de Francia sobre la traicion de su hijo y no llora, debe tener el corazon muy duro (D'ACHERY, *Spicileg.* II, 914): «*Quam si quis legerit et non*

humana protesta contra un dogma que conduce á legitimar el crimen en nombre de un Dios de amor.

Los enemigos de la Iglesia han criticado vivamente á Gregorio por las desgracias de las guerras que ensangrentaron á la Alemania: «Él es, dicen, el primero que dió al mundo el ejemplo, tan tristemente fértil despues, de llevar la perturbacion á la sociedad, de dividir los estados y los pueblos en nombre de Dios, ofendido en la persona de los sacerdotes y de la religion violada en las prerogativas del Sacerdocio» (1). Estas acusaciones de los libres pensadores han hallado eco hasta en el seno de la Iglesia (2). Apresurémonos á decir que Gregorio es extraño al acto más odioso de la lucha; no es él quien armó al hijo contra el padre. Fué testigo, es verdad, de los excesos de las guerras civiles, pero su gran corazón los lloró; escribió al arzobispo de Tréveris: «Solamente aquel que conoce los sentimientos ocultos de los hombres sabe qué inquietud, qué ansiedad me causan las perturbaciones que agitan al reino de Alemania. Yo dirijo á Dios, y no cesaré de dirigirlé mis oraciones, á fin de que tenga piedad de ese pueblo que desgarrá sus propias entrañas» (3). No debe juzgarse á los grandes hombres por los resultados de sus actos, se los debe juzgar segun los principios que los inspiran. Esta inspiracion ¿es santa? ¿Tiene por objeto la salvacion, el perfeccionamiento de los hombres? La humanidad no los rechazará por la sangre vertida ni por las desgracias individuales, producto de las pasiones humanas: á traves de la lucha avanzar los pueblos hácia el término de su destino. Gregorio queria que la Iglesia guiase á los hombres por el camino de la salvacion; este objeto supremo de sus pensamientos estaba en armonía con los designios de la Providencia. La sociedad temporal estaba bajo el imperio de la fuerza bruta; la

*feverit, videtur mihi duri esse cordis.*» Hay tambien otros cronistas que condenan al hijo de Enrique IV. Chronic. breve Leodiense (MARTENE, *Anecd.* IV, 1407): «*contra jus naturæ et fas legum.*» ALBERICO, monje de Trois-Fontaines, dice: «*Sub specie religionis, eo quod pater ejus a romanis pontificibus excommunicatus esset... videres... quod contra legem naturæ, filius in patrem assurgeret.*»

(1) DE POTTER, *Historia del Cristianismo*, t. IV, p. 77 y sig.

(2) BOSSUET, *Defensio declarationis*, lib. III, c. 9.

(3) GREGOR. *Epist.* V, 7 (MANSI, XX, 241). *C. Epist. ad Reg. Rodolphum, en BRUNON. de bello Saxonico*, c. 119 (PERTZ, V, 378).

fuerza debía doblegarse bajo la inteligencia unida á la caridad.

Si el fin de Gregorio era legítimo y sagrado, ¿por qué estas acusaciones apasionadas que áun resuenan contra él al cabo de tantos siglos? No hay papa que haya suscitado más ódio, y sin embargo, no hay uno más grande ni más santo que Hildebrando. Nos avergonzaríamos de recordar las groseras injurias que los primeros historiadores de la Reforma (1) han dirigido á aquel á quien presentan como el más criminal de los papas, como el más malo de los hombres. Tambien los libre-pensadores son injustos. Para ellos Gregorio es el «azote del mundo»; no encuentran excusa alguna para aquellos deplorables extravíos más que la ignorancia (2); le niegan hasta el genio (3). La escena de Canossa ha sublevado la indignacion de los hombres más moderados; parecería extraña hasta en una tragedia, dicen unos (4); otros ven en ella un atentado criminal contra los derechos de los pueblos (5) y un orgullo insensato (6).

Los católicos, asustados de este concierto de maldiciones, han tratado de atenuar lo que hay en la doctrina de Gregorio VII que pueda comprometer la soberanía temporal. Dicen que la deposicion de Enrique IV, ese espantajo que los enemigos de la Iglesia explotan contra la religion, no era más que una consecuencia de la excomunion, y ¿quién se atrevería á negar al jefe de la Iglesia el derecho de separar del cuerpo de los fieles lo mismo á un rey que á un siervo? La defensa es poco feliz, porque está en oposicion con los actos mismos de Gregorio. En Canossa levanta la excomunion á Enrique IV; sin embargo, el Emperador quedó depuesto (7). Las fórmulas de la deposicion prueban que Gregorio creía ejercer un dominio absoluto sobre los reyes. Sus partidarios decían claramente que el Papa tenía sobre los príncipes el mismo

(1) *Historia escrita en centurias por los cuatro protestantes de Magdeburgo*, Centur. XI, c. 10.

(2) *Del poder temporal de los papas*, p. 108, 119.—VOTAIRE dice que Gregorio era un insensato ó un bribon (*Ensayo sobre las costumbres*, c. 46).

(3) DE POTTER, *Historia del Cristianismo*, t. IV, p. 132.

(4) HENKE, *Geschichte der christlichen Kirche*, t. II, p. 173.

(5) ROTTECK, *Allgemeine Geschichte* t. V, p. 96.

(6) REMUSAT, *San Anselmo*, p. 417 y sig.

(7) BOSSUET (*Defensio Declarationis*, lib. I, secc. I, c. 9) lo ha hecho ya notar.

poder que sobre los obispos (1). Es verdad que Gregorio protesta que no combate más que por la libertad de la Iglesia (2). Pero ¿qué entiende por libertad? La libertad de la Iglesia es su dominio sobre el orden civil. Lo hemos dicho y repetido: no bastaba la libertad á la Iglesia; necesitaba una acción directa, soberana, sobre el poder temporal. ¿Por qué reclama Gregorio la soberanía sobre todos los estados de la Europa? ¿Por qué se hace prestar un juramento de vasallaje por el Emperador? ¿Por qué se cree en el derecho de hacer y deshacer reyes? Porque la monarquía, despreciable en su principio, no halla legitimidad más que en su dependencia de la Iglesia. Gregorio no quiere ser el monarca del universo; desdeña demasiado la soberanía temporal para pretenderla; pero quiere que esta soberanía material se subordine á un poder más elevado, el del alma: el Imperio no debe ser más que el instrumento, el órgano de la Iglesia. Esta doctrina es incompatible con la soberanía del Estado. Tal es la razón de la animosidad que persigue á la memoria del gran Papa. Hay un punto de vista verdadero, aún en el furor de sus enemigos. La Iglesia no debe dominar sobre el Estado; no hay más que una soberanía, espiritual y temporal á un mismo tiempo, y es la de las naciones, cuyo órgano es el Estado. Enrique IV era, pues, el defensor de un principio verdadero, de un principio que tiende á prevalecer en nuestras sociedades modernas. Los que acusan á Hildebrando de ser el enemigo de los reyes (3) tienen igualmente razón en reivindicar la independencia del poder civil; pero se engañan en la época. En la Edad Media la independencia del Estado no era posible; hubiera implicado la dependencia de la Iglesia; la fuerza bruta hubiera dominado al poder de la inteligencia y del alma. ¿Qué hubiera sido de la humanidad bajo semejante régimen? El Estado debía, pues, depender de la Iglesia. En este sentido, dirémos con

(1) PAUL. BERNRIEDER., *Vita Gregorii*, c. 97 (MURATORI, *Scriptores Rerum Italicar.*, t. III, p. 342).

(2) GREGOR., *Epist.* IX, 3: *Pro libertate sancte Ecclesie decertare.*—Todos los partidarios de Gregorio dicen que quería solamente la independencia de la Iglesia. (VOIGT, *Historia de Gregorio VII*, y su traductor francés.—PLANK, *Geschichte der christlichen Gesellschaftsverfassung*, t. IV, p. 105 y sig.)

(3) Así es como HALLAM llama á Gregorio (*Europe during the middle ages*).

*De Maistre* que Gregorio era el representante del derecho y de la justicia en la famosa escena de Canossa. ¿Se ha mezclado la ambición del poder á los sentimientos religiosos del Papa? (1). Hay un móvil personal en todas nuestras acciones; pero sucede en determinadas épocas, entre los hombres señalados por el dedo de Dios, que la causa personal se confunde con la de la humanidad (2). Gregorio es uno de esos hombres grande entre los grandes.

(1) REMUSAT, *San Anselmo*, p. 418.

(2) LAMENNAIS, *del Catolicismo en sus relaciones con la sociedad política*: «Parece que por encima de su causa particular como Pontífice ha entrevisto la causa inmensa de la humanidad, y las ha unido en un mismo amor.»